

Tal ha sucedido con dos discursos leídos en la Academia de Bellas Artes, con ocasión de ser recibido en ella el Sr. Tubino, á quien contestó el señor marqués de Monistrol. Si basta para subir al puesto de Académico haber publicado algunas obras de reconocido mérito, que revelan profundo ingenio é ilustración no escasa, en materias de historia artística, no cabe dudar que el Sr. Tubino desempeñará á maravilla las tareas que le imponga su nuevo y honroso cargo.

Pero si un sentimiento de imparcialidad nos mueve á rendir homenaje á su erudición, la misma justicia nos obliga á negarle, sólidos conocimientos en la filosofía del arte, de lo cual nos ofrece valiosa muestra, su último discurso.

La belleza, el fin inmediato que se proponen alcanzar las bellas artes, és, á los ojos del Sr. Tubino, una mera relación subjetiva, que varía, según los tiempos y las circunstancias, falta como está en su teoría, de un apoyo permanente é inmutable. Oigamos los pasajes en que así lo declara: «Lejos están de ser absolutos y constantes los principios que rigen la actividad estética, pues hasta el concepto reflexivo de lo bello abstracto, experimenta cambios que alcanzan al tipo de la belleza exteriorizada.» «Si salimos de los límites del mundo antiguo, descábreanse otras civilizaciones, que ofrecen obras bellas bajo la ley de la relatividad, á que está sujeto el arte.» «El Siglo XIX, como sus predecesores, forjase su propia idea de lo bello escultórico.» «Cada siglo afirma la belleza á su manera, lo cual equivale á decir, que en cada gran espacio de tiempo domina una nota, que resuena en todas las obras estéticas.»

Si lo que se ha querido expresar con estas palabras es solo un hecho histórico, ni por lo vulgar valdría la pena de consignarlo, ni siquiera de discutirlo. Que los antiguos tuvieron por bellas, cosas que nosotros reputamos por feas; que hoy sucede lo propio en diferentes países, y aun entre hombres de una misma patria, según sus ideas, educación y costumbres, no puede negarse; mas elevar este fenómeno á la categoría de axioma filosófico, para inferir de él que no existe la belleza en sentido absoluto, y que tampoco está sujeta á reglas invariables, es tan irracional y absurdo, como lo sería negar la existencia objetiva de la verdad y el bien, no más que porque las gentes nunca han logrado ponerse todas de acuerdo acerca, de su íntima naturaleza. ¿Qué otra cosa significan las disputas de los filósofos y la múltiple variedad de las sectas religiosas, sino la profunda discordancia que ha reinado siempre en las inteligencias, cuando se trata de apreciar la índole de la verdad y del bien? ¿Y quiénes se atreverán á negar por eso la existencia de lo verdadero, sin caer en desolador escepticismo, ó la existencia de lo bueno, sin hacerse cómplices de la más espantosa inmoralidad?

Pues á tamaños resultados conduce la teoría proclamada por el Sr. Tubino, si en rigor de lógica hubieran de sacarse sus legítimas é ineludibles consecuencias. Pero no: la belleza tiene el mismo fundamento ontológico que la verdad y el bien; el sér; se identifica con la bondad intrínseca de las cosas, añadiéndole la nota del deleite, y por esta causa es tan inmutable como el sér mismo de las cosas como su bondad intrínseca, libre é independiente

de los vanos caprichos y livianos antojos que abriga la del inteligencia del hombre, del hombre caído.

A la luz de estos principios, fácilmente se alcanza cuán equivocados andan los que, después de haber sentado, cuando discurren acerca de la belleza, las falsas teorías que acabamos de señalar, infieren que las artes que con ella se engalanan, gozan de libertad completa, les asiste perfecto derecho, para todo género de representaciones, porque «los principios que rigen la actividad estética» del artista que ha de realizarlas, «éjos están, dice el señor Tubino, de ser absolutos y constantes.»

Pero si la belleza se identifica con el sér; si es una propiedad trascendental del ente, como la verdad y el bien según hemos visto allí donde haya imperfección, y por lo tanto, carencia de sér, es imposible que encontremos belleza. Luego el hombre

ellos á guardar las leyes de la honestidad y del decoro?

Los que secuaces de la filosofía racionalista juzgan, que la independencia del arte es condición inseparable de su naturaleza, é intentan ponerlo á cubierto del *misticismo* y del *espíritu de intolerancia*, que gratuitamente regalan al Catolicismo, los verdaderamente intolerantes con todo lo que huelva á religión, especialmente á religión católica, condenan las artes á la degradación y la miseria; las precipitan por los extraviados senderos del más grosero realismo, la lepra del arte en nuestro siglo, como le llama elocuentemente el Padre Félix, y entonces, en vez de brotar de la lira del poeta y de los mágicos acentos de la música, torrentes de armonía, que lleven nuestro espíritu en alas de dulcísimos arrobamientos á las alturas del cielo, no nos darán otra cosa sino copias descoloridas, estériles y serviles imitaciones de la naturaleza física, escenas repugnantes á veces, nada que dignifique y eleve; cuando más, incentivos de deleite, para remachar las cadenas que nos unen á los frágiles placeres de la tierra.

Tan bajas y rastreras son las aspiraciones del arte secularizado, que hace las delicias del Sr. Tubino, el cual lleva su encono contra la Religión Católica, hasta el punto de sentar como proposiciones indiscutibles y evidentes que, «cuando Constantino se declara por el Evangelio, llora el arte sus desdichas;» y que «en la Edad Média motivaron la decadencia causas distintas, entre ellas la atonía mística» (1).

Por fortuna, estas dos afirmaciones del señor Tubino, tan inexactas como apasionadas, no pasaron inadvertidas al docto académico que habia de contestarle, el cual procuró refutarlas cumplidamente en su discurso. Perteneciente el señor marqués de Monistrol, á esa reducida porción de nuestra aristocracia tradicional y católica, ganosa de acrecentar el lustre de sus timbres nobiliarios, con los triunfos alcanzados en el cultivo de las letras, no podía ménos de revolverse contra aquellas frases, tan injuriosas para nuestras creencias, como ofensivas para las artes mismas.

¿Era, por ventura, que la espiritualidad del nuevo culto, como dice el Sr. Tubino refiriéndose á la conversión de Constantino, perjudicaba las artes? ¿Pero cómo podía ser esto, siendo la belleza, no una cualidad sensible, como entendiérase erróneamente el señor Tubino, sino una cualidad inmaterial que vive y alienta en las regiones del espíritu, con una perfección infinitamente superior á como se halla en los cuerpos? Vano será asegurar lo contrario. Los verdaderos artistas y la verdadera Estética, que conocen bien la índole del arte y de

la belleza y las íntimas relaciones que unen ambas cosas, siempre se verán en la precisión de reconocer que el espiritualismo cristiano, en todas sus formas, levanta las artes de su prostración y abatimiento, señalando en su vida una época de regeneración y adelanto.

Oigamos al señor marqués de Monistrol, que, á grandes rasgos, expone elocuentemente la historia

(1) ¡Singular coincidencia! Un ilustre arqueólogo francés M. Ernest Vinet, racionalista como el Sr. Tubino, pero más imparcial, sienta dos afirmaciones radicalmente opuestas á las de éste. «L'art, exclama, sous Constantin, sortit de son tombeau.» (*L'Art et l'Archéologie*, pag. 358), y en otro lugar «un mouvement étrange s'opère dans ce rude Moyen Age et prépare la régénération de l'art. L'esprit de chevalerie, uni à l'esprit du cloître semble créer un monde nouveau.» (*Op. cit.*, pag. 359).

COSTUMBRES DE JAVA.



Chino Regador.

de génio, que siente arder en su pecho la llama sagrada de la inspiración artística y está bien penetrado del noble origen y elevado destino de las artes, jamás podrá entregarse á la representación de escenas inmorales, que implican siempre un mal, y por ende, carencia absoluta de realidad y de belleza.

Y vea el Sr. Tubino, cómo pueden darse á las bellas artes reglas invariables, que el artista tiene obligación de respetar. Porque, ¿cómo habia de ser lícito al arte, grandiosa manifestación de la actividad inteligente, el traspasar los límites del pudor, de la decencia? ¿Qué razón hay para considerar al artista exento de cumplir con los deberes que le impone la sana moral? ¿Es que por ser artista, deja de ser hombre y de estar obligado, como

obtener uno de sus premios anuales, y el premio fué para Mr. Thiers. Después de tan brillante entrada, el joven literato necesitaba mayor horizonte, ese horizonte de las grandes capitales del mundo se trasladó á París, en la época que el espíritu liberal combatía la Monarquía tradicional, en la persona de Carlos X; y el novel escritor se colocó inmediatamente en *El Constitucional*. Pero la virulencia que le caracterizó, no se avenía con el tono de aquel periódico y fundó con Carrel y Miguet, *El Nacional* y fué el redactor de aquella célebre *protesta de los periodistas*, días antes de la revolución de Julio, protesta que tuvo el triste privilegio de servir de bandera de combate, en aquellas jornadas que derribaron la legítima dinastía. Si la cosa pública la hemos de atemperar á nuestro interés, como desgraciadamente sucede con harta frecuencia, Thiers no tuvo que arrepentirse de su conducta: fué nombrado Subsecretario de Hacienda y elegido disputado por Aix, llamando, la atención en la Cámara, por su vehemencia en defender el nuevo orden de cosas, que tanto contribuyó á levantar y en premio de lo cual, el 11 de Octubre de 1822 fué nombrado Ministro del Interior y el 22 de Febrero de 1834 entró á ser Presidente del Consejo de Ministros, hasta el 29 de Octubre de 1840, en que le sucedió Mr. Guizot. Quedaba satisfecha la ambición del joven político, que tan asombrosa carrera había hecho? Ay! la ambición humana jamás se satisface; mas lo triste es su repugnante manifestación generalmente hablando.

Mr. Thiers, desde aquel momento no cejó en su obra de demolición de la monarquía de Julio: de la misma manera combatió la república de 1848 y el Imperio de Napoleón III, cuya popularidad indirectamente contribuyó á formar con su *Historia del Consulado y del Imperio*, obra maestra de literatura y cuyo fondo no nos estimamos competentes para juzgar, y en la que no fué suficientemente imparcial al tratar de España, como la demostró el Señor Alcalá Galiano, al hablar del combate naval de Trafalgar.

A la proclamación del Imperio, estuvo desterado en Francfort, aunque luego se le autorizó á volver á París. En el cuerpo legislativo arrojó la impopularidad, oponiéndose á la última guerra con Prusia, pues comprendió que el triunfo aseguraría el Imperio: las derrotas inesperadas de la Francia, hicieron recordar sus discursos, además hizo una peregrinación por Europa, en los solemnes momentos que siguieron al desastre de Sedan, para buscar apoyo para su patria destrozada y demostró que sabía también ser un buen hijo de la Francia, especialmente cuando fué elegido Presidente de la República: los comunistas incendiaron y saquearon su palacio de París, y la nación le indemnizó, agradecida á sus servicios eminentes.

Diferencias en la apreciación de ciertas medidas económicas y cierta tendencia á imponer su opinión, le atrajo un voto contrario de la Cámara y dejó la presidencia en la que le sucedió el honrado y firme Mac-Mahon. En la memoria de todos está, y Francia no debe olvidarlo, lo que hizo por ella durante su Presidencia Mr. Thiers, quien se ha conquistado un puesto por ello, en la Historia, elevadísimo y envidiable.

Su afán de cuando le hizo unirse últimamente con los *vaticales*, para combatir á Mac-Mahon, en la creencia de que después del triunfo podría enfrenar á los *rojos*: Dios solo sabe si lo hubiera conseguido, quien parece no ha querido que se empañara la gloria del anciano político, y le ha enviado la muerte, antes de que se empañara en la funesta empresa de derribar al *bravo de la Francia*, como llaman al Mariscal.

P. de Gorátes.

Tipos del Japon.

¿Es un simple dibujo, ó es un dibujo de género el que hoy ofrecemos á nuestros lectores con el título de *Tipos del Japon*? No nos toca á nosotros decidirlo. Sin embargo, los inteligentes habrán de convenir desde luego con el que escribe estas líneas, en la inmensa superioridad de dicha lámina sobre los *kakémono-japoneses*. Genzaburo, el dibujante mas correcto que hoy posee el Japon, no ha soñado jamás hacer nada parecido. Verdad que para él, como para todo artista japonés, el dibujo *après nature*, es una cosa esencialmente ridícula. De aquí esas figuras, siempre grotescas, en sus obras pictóricas, ya retratan escenas íntimas, ya perpetúan algún recuerdo histórico, como esos in-

menos cuadros que decoran el interior de los templos de Honganji y Honkokudji en Kioto. El japonés posee en el arte, la extraña teoría de embellecer cuanto toca, menos el hombre. Todo lo fácil que es encontrar en sus cuadros un perro de oro ó una castaña de plata, es difícil hallar un sér humano que no sea deforme. Por eso, el que solo conozca del Japon los *kakémono* que suelen venderse en Manila, tal vez encuentre demasiado bonitas las figuras del Sr. Borner. Nada de eso: son simplemente *verdad*. Son dos mujeres del pueblo bajo, pero sus fisonomías reflejan algo de la inteligencia que, á los japoneses distingue de los demás asiáticos. Además, en la fisonomía de los japoneses no habrá el clasicismo de la belleza plástica del tipo griego, pero hay una expresión sumamente simpática y hasta la perfección en su género: como dibujo tomado del natural, se ha respetado la imperfección que tiene el niño en la mano derecha.

JOLÓ.

(CAPITAL EN LA ISLA DE SU NOMBRE.)

La lámina de la página 5 representa el campo de la isla de Joló, en que han tenido lugar los combates de los días 9, 10, 11 y 12 de Setiembre último. El número de enemigos era de 1500 á 2000; quemaron el canarin que vá señalado en la lámina y que era de un chino hortelano, á pesar de estar, casi al pié del fuerte Princesa de Asturias, así como también dieron fuego al primitivo fuerte Alfonso XII, que habíamos abandonado hace tiempo. El enemigo fué recibido, replezado y perseguido tan bizarramente como lo saben hacer nuestros soldados que han demostrado la gran confianza que les inspiran sus prudentes y bravos Jefes, en el hecho de haberse atrevido á aventurarse solos cien hombres siguiendo al enemigo que tuvo 38 muertos y muchos heridos: entre los primeros, está el que al parecer mandaba la expedición pues, llevaba faja azul y dalmática encarnada, ambas de seda. No hemos tenido mas bajas que cinco heridos y 28 contusos.

La marina con sus certeros disparos, ayudó también á la defensa de los fuertes del campamento militar de Joló, y el cañonero *Calanicaes*, y otro mas, en Liangaput, Paticolo y Parang-parang ametrallaron las *vintas* (embarcaciones) enemigas que conducían gente armada en auxilio de los derrotados frente á Joló: el caserío de Paticolo fué además reducido á cenizas. El espíritu de nuestras tropas es hoy tal, que ansian una escursión al interior que deshaleje á los piratas hasta de sus mas recónditas guaridas: en breve daremos un plano de la brillante expedición al interior verificada á las órdenes del entendido brigadier Sr. Gamir.

El cróquis de la lámina que nos ocupa tenemos que agradecerlo al Sr. D. Juan Caballero, que ha llegado de Joló: daremos también la vista de Joló desde el mar.

Un distinguido artista de larga residencia en el país, donde ha hecho su fortuna, posee un precioso *album de la guerra de Joló en 1876*, cuyos ejemplares serán puestos á la venta en breve y hacia los que llamamos especialmente la atención del público.

El Chino Regador.

CUADRO DE COSTUMBRES JAVANESAS.

En nuestro afán de abrazar todo lo que el Oriente proporciona digno de publicidad, damos en la pág. 6, una lámina que representa al chino, empleando el sistema de riego que, la multitud de hijos del celeste imperio en Java, residentes, aplican, aunque apesar de encontrarnos en países cálidos, aun no se ha perfeccionado el método primitivo de riego.

Es tanto mas interesante la lámina en cuestión, cuanto que el chino regador de Java, lo vemos también en Manila, con la circunstancia agravante, de que se emplee su servicio, para el riego de las vías públicas, que aun corre á cargo de cada vecino, en la parte correspondiente al frente de su casa, sin que el municipio haya aun establecido ese servicio, que pudiera hacerse muy bien por contrata, como la del alumbrado y limpieza, siempre que aquella contrata se cumpla con mas regularidad que esta.

La Regadera.

En la pág. 9, damos la lámina de una especie de las esponjas, muy notable, que se encuentra en los mares de Filipinas: en otro número daremos las interesantes esplicaciones que la materia requiere.

EL EXCMO. SR. DON

José Ferrer de Couto.

(CONCLUSION.)

Muere el director de *La Crónica*, de Nueva-York, periódico defensor de los intereses nacionales, y nadie mejor que Ferrer para sustituirlo: fué efectivamente nombrado Director. Luchó para que continuara el periódico pero, oficialmente fué estinguido por las autoridades americanas. Entonces fundó *El Cronista*, para lo que también tuvo que luchar con aquellas autoridades. El periódico no solo defendía los intereses de España sino los de las Repúblicas latinas de América, cuando estalló la guerra del Pacifico, y Ferrer sin titubear, se dedica á ser el defensor exclusivamente de los de la patria, y prestó al representante de España grandes servicios publicando los manejos de los enemigos para quebrantar la neutralidad. Esto le valió graves disgustos y compromisos: una vez creyendo arreglar un duelo con caballeros se vió atacado por catorce personas, de los que se defendió bizarramente sabiendo la principal con un doloroso recuerdo, y no era otra que el celebre Bembeta.

No se contentaba con batirse con la pluma, y marchó al Canagúey como voluntario, y su comportamiento fué tan brillante que hizo por sí dos prisioneros y ganó la cruz roja del mérito militar de plata, porque no quiso que fuera sino la de los soldados, á pesar de ser jefe de Administración.

El Cronista, reclamaba la presencia de su Director y acudió de nuevo á su puesto de escritor donde eran mas necesarios sus servicios. Una ocurrencia originalísima que *El Cronista*, describe detalladamente así como otras, en el número del 4 de Julio, le originó un duelo, que se verificó en el Canadá, en 1869, quedando herido su adversario, el cual antes que Ferrer, disparó dos veces, porque segun esplicó nuestro héroe, quería que así fuese, á cuenta de un desafío anterior, que no llegó á verificarse, por temor de los testigos á las leyes terribles de los Estados-Unidos.

Meetings, proclamas en el lenguaje de los negros, en una palabra, una larga serie de ocurrencias felicísimas, tuvo Ferrer en defensa de su adorada España, y en todos sobresalía una temeridad tal, que el poeta mejicano y escritor republicano Sr. Velarde, autor de los *Cantos del Nuevo Mundo*, dijo de nuestro héroe lo que sigue: «Me es forzoso convenir, y declarar que el Sr. Ferrer de Couto ha renovado en este siglo de egoísmo y de miserias, el espíritu helicoico de los conquistadores del nuevo continente: se necesita todo el valor de los Pizarros y Cortéses, para provocar un día y otro día las iras de sus numerosos adversarios, esponiendo su vida á todas horas á peligros manifiestos que aterrarian por su multiplicación á los guerreros mas esforzados».

Inútil es ponderar los servicios de *El Cronista*, porque quien los desconoce en toda su importancia?

Nuevo lance tuvo Couto y desafia al procaz contricante para Bélgica, á donde partió inmediatamente. Llegó el día del duelo y no asistió el adversario, teniendo que sustituirlo un padrino que hirió gravemente á Ferrer. Con todo y aun sin extraerse la bala, que nunca llegó á sacarse del abdomen, por el que entró; á los cinco dias Couto rendía en París á la Reina Isabel el homenaje de su respeto. La Augusta Señora, dió al bizarro compatriota, la corbata de San Fernando para el pañuelo con que había restañado la sangre de la herida, el cual estaba teñido con los colores de la bandera nacional.

Marchó luego á España y en ella y en la Habana luego, alcanzó el recibimiento brillantísimo que se merecía y en esta última ciudad á mediados del 75 supo que S. M. D. Alfonso le había propuesto en consejo, para una gran cruz que muy luego le fué concedida.

Dejemos ahora la palabra á *El Cronista*.

«Desde entonces hasta el último día de su vida, con una corta interrupción á que su quebrantada salud le obligó en el verano de 1876, continuó dirigiendo *El Cronista*, huérfano ahora de su poderosa inteligencia, de su incesante actividad y de su admirable criterio, acrisolado en el estudio y en los años,